

Toda ave, embebecida  
Con tu canto dulcísimo, enmudece ;  
Ni á tu inocente vida  
El ambicioso cazador empece.

Con todo, inconsolable  
Nutres recuerdos, siempre sumergida  
Siempre, en el lamentable  
Caso de aquella hermana tan querida.

¡ Mas ay ! cuán diferentes  
Son nuestros males, y los míos mayores !  
Lloro yo los presentes,  
Y la causa pasó de tus dolores :

Y natura festiva  
En mitigar tu pena muestra anhelo,  
Cuando á mi se me priva  
Aun de quejarme el misero consuelo.

## JOSÉ MARÍA LAFRAGUA

Poeta mejicano. Secretario del Ateneo de Méjico, goza fama de poeta en aquella república : nosotros solo concemos de él la siguiente composicion á Iturbide, y algunos trozos en prosa insertos en el *Apuntador*, periódico literario, publicado en Méjico el año 1841.

### ITÚRBIDE

I  
De cruel destino la implacable saña  
De los Aztecas derribó el imperio :  
Tenochtitlan cayó, y un hemisferio  
Apenas basta á la ambicion de España.

De oro y plata riquísimo venero  
Abre Anáhuac al fiero castellano,  
Que al yugo le unce con impía mano.  
Mintiéndole amistad con lábio artero.

Y su altivo señor, de una mirada  
La suerte de dos mundos decidía :  
« Nunca el sol en su imperio se ponía, »  
Su voz en tierra y mar era acatada.

Y sus tercios derraman muerte y lutos  
En torno del Azteca infortunado,  
Que de la clase de hombre degradado,  
Envilecido gime entre los brutos.

Y en el nombre de un Dios, todo dulzura,  
Hipócritas ministros guerra gritan,  
Y de la turba la venganza excitan  
Y ciñen de laurel su sien impura.

Y sumido en horrible cautiverio,  
Es Anáhuac memoria de lo que era ;  
El delicioso grano es ya cibera,  
Es el antiguo Eden un cementerio.

Y así corren los años tras los años,  
Y pasa un siglo y otro siglo pasa,  
Y la jóven colonia, triste, lasa,  
Yermar se ve por déspotas extraños.

Cual víctima arrastrada al sacrificio,  
Unida vive á la caduca Iberia,

Y parte sus errores, su miseria,  
De Mezcencio sufriendo el cruel suplicio.

Llenóse, empero, la fatal medida,  
De Méjico se abrieron los anales,  
Dó grabados con sangre, tantos males  
Vió la naturaleza estremecida.

Encadenadas, las humildes manos  
Elevó al cielo el infeliz colono :  
Llegó su voz hasta el fulgente trono,  
Y condolido Dios, *no mas tiranos*,

Dijo ; é *Hidalgo* fué : su noble aliento  
Anuncia *pátria* en el feliz *Dolores* ;  
Y enajena oprimidos y opresores  
De *Independencia* el seductor acento.

Acento que á las victimas que gimen,  
Como al amante la esperanza, encanta :  
Acento que á los déspotas espanta  
Como al reo el recuerdo de su crimen.

Que es para ellas de un ángel como el trino,  
Dulce como es el puerto al marino,  
Y para ellos la voz de un juez severo,  
Como la de cadalso al asesino.

En torno del patriótico estandarte  
Presurosos adúnanse mil bravos ;  
Que ya el acero blanden los esclavos,  
Si bien ignoran de la guerra el arte.

Pero el déspota en bárbara pelea  
Se forma en derredor horrible valla ;  
De cadáveres alza una muralla,  
Y de un lago de sangre la rodea.

Y la casta beldad y el jóven fuerte,  
Y el tierno niño, y el inerme anciano,  
Y el ministro de Dios, y el artesano,  
A la segur sucumben de la muerte.

Y la virtud, la ciencia, el heroísmo,  
Al colosal poder todo se humilla :  
Lo que olvida la pérfida cuchilla  
Arrebata rabioso el fanatismo.

Porque entonces, *piadosa y justiciera*,  
En medio de las ruinas y el espanto,  
Entre horfandad, viudez, suspiros, llanto,  
La *santa* Inquisicion prende su hoguera.

Así vencidos nuestros campeones,  
Así sus huestes destrozadas fueron ;  
Los padres de la pátria así cayeron,  
Se abatieron así nuestros pendones.

Y el ídolo de horrenda tiranía  
De miseria y cadáveres cercado,  
Sobre un trono en tumbas asentado,  
Como el génio del mal aparecía.

Implacable, cual crimen castigaba  
La palabra, la acción, el mismo aliento,  
Porque de sangre indígena sediento,  
Solo con sangre su furor saciaba.

Y es vano su furor, como su encono,  
Efímero el poder de que blasona,  
Que perdió su equilibrio la corona,  
Su fuerza el cetro, su respeto el trono.

Y aquel hombre que púrpura vestía,  
No era ya un semidios cual ántes fuera ;  
La voz de la razón desvaneciera  
El prestigio que enantes le cubría.

El torrente impetuoso de Dolores  
A un arroyo se hallaba reducido,  
Por el brazo de un héroe defendido  
En los montes del sur abrasadores.

Como el último adios de la existencia,  
Ardía del tirano en vilipendio,  
Aquella chispa del pasado incendio  
Que el astro iluminó de independencia.

¿Qué empero un brazo contra mil alcanza?  
Ya Anáhuac no luchaba con su suerte ;  
Cierta como un *ayer* era su muerte,  
Vaga como un *mañana* su esperanza.

Mas cual suele tras hórrida tormenta  
Brillar del claro sol la lumbrera pura,

En medio tanto horror, tanta amargura,  
Un génio nuevo, un paladin se ostenta.

Del seno mismo de la hueste impía  
Nace el terrible, el vengador guerrero :  
Conocido es del déspota su acero,  
Temidas su pericia y osadía.

Que en la década infanda, por su saña,  
Por su valor en lances mil probados,  
Cual funebre cometa fué el soldado,  
Hijo de Anáhuac, defensor de España.

Una mancha de sangre le cubría :  
La vió, se estremeció, y por borralla,  
Arrojase á los campos de batalla  
Y al poder de tres siglos desafia.

Sus enemigos, sus rivales mide ;  
Y superior á oprimidos y opresores,  
La voz que Hidalgo pronunció en Dolores  
A repetir á *Iguala* va *Iturbide*.

Y ante este pueblo de eternal renombre  
Se humillaron Celaya y Salvatierra ;  
Y se olvidó la fratricida guerra  
De independencia ante el sagrado nombre.

Al escuchar del héroe los acentos,  
Tembló bajo la púrpura el tirano ;  
El cetro deslizóse de su mano,  
Retemblaron del trono los cimientos.

Aprestóse de nuevo á la pelea,  
De su inmenso poder haciendo alarde,  
El tenaz castellano... ya era tarde,  
Independiente y libre Anáhuac sea  
Iturbide dijera... ¿qué podía  
Contra el génio la odiosa tiranía ?

II  
Cambióse el teatro : no es ya de Dolores  
La funebre escena que rápida huyó :  
Es drama grandioso, que á nuevos actores  
La mano potente de Dios encargó.

Mil ecos responden al grito de *Iguala* ;  
Repítelo el río, apréndelo el mar,  
Resuena en Sonora, resuena en Zempoala,  
Lo aplaude la toga, lo acata el altar.

Y al punto mil huestes de bravos soldados  
Doquiera tremolan del héroe el pendón,  
Y vuélvense en lanzas las plumas y arados,  
Y en vez de la lira retruena el cañón.

Y el viejo patriota, de Hidalgo guerrero,  
Que víctima fuera del nuevo adalid,  
Su encono depone, desnuda el acero,  
Su jefe le aclama, le sigue á la lid.

Y al campo de muerte, de honores y gloria,  
Las huellas siguiendo del gran capitán,  
En pos de una pátria, se lanza victoria,  
Y Musquiz y Bravo, Rayon y Terán.

Y el noble Guerrero, señor de sí mismo,  
Cediendo gustoso de jefe el bastón,  
Imprime en su nombre de prez, de heroísmo,  
Eterno, fulgente, glorioso blason.

El bando enemigo, briosos campeones,  
Valientes soldados ofrece también :  
Ansiosos de fama, de entrambas legiones  
Los dignos rivales son firme sostén.

Empero entre todos brillaba Iturbide  
Rigiendo á los suyos y al fiero español,  
Cual brilla, y los astros soberbio preside  
En medio á los cielos el nítido sol.

Levanta la frente, de gloria velada,  
Se lanza á la arena, su sangre á verter,  
Y empuña el acero, que en vil retirada  
Jamás á la vaina se viera volver.

« Alzaos, Aztecas : la patria ó la tumba ;  
Ó libres ó muertos, » el héroe clamó.  
Y alzaos, Aztecas, doquiera retumba ;  
Que ya del tirano la hora sonó.

La lucha se traba ; y al hórrido trueno  
Y al eco sonoro de noble clarín,  
El hombre de *Iguala*, valiente, sereno,  
Anáhuac recorre de uno á otro confín.

Las huestes impías de vil servidumbre  
Ante él desaparecen cual humo fugaz :  
La lid es su triunfo, vencer su costumbre,  
Su grito de guerra presagio de paz.

Y cuantas batallas, victorias numera ;  
Y el brazo invencible, que el cielo guió,  
Del misero pueblo que esclavo gimiera,  
Las férreas cadenas al fin destrozó.

Al golpe terrible de fulgida espada  
El cetro y corona miramos romper ;  
La púrpura régia miramos rasgada  
Y el trono potente derruido caer.

Rayó de ventura dulcísima aurora,  
Que Méjico libre, vengada adoró ;  
Y llena de heridas, empero señora,  
Del mundo en los fastos su nombre grabó.

## III

Y llegó el dichoso día,  
Día de gloria y honor,  
En que un pueblo que nacía,  
En su seno recibía  
Al agosto salvador.

En que á la pátria un altar  
Erigió el feliz colono,  
En aquel mismo lugar,  
Donde se viera acatar  
De los tiranos el trono.

Del sol el disco candente  
El espacio señoreaba,  
Cual nunca resplandeciente,  
Y cual nunca derramaba  
De luz y fuego un torrente.

Á la celeste lumbrera  
Entusiasta muchedumbre  
La frente alzaba altanera,  
Donde ántes impreso fuera  
Sello de vil servidumbre.

De amor y de gratitud  
Latian los corazones,  
Al mirar los campeones,  
Que de infame esclavitud  
Rompieran los eslabones.

Sobre brioso corcel,  
Blandiendo fulgente espada,  
La noble faz sonrosada,  
De inmarcesible laurel  
La noble sien coronada ;

Y en medio de mil loores  
Y lágrimas de alegría,  
Y á los ecos triunfadores  
De clarines y atambores,  
Iturbide parecía.

Su excelsa frente velaba  
Nuevo, brillante dosel ;  
Que sobre ella revolaba,  
El águila, y desplegada  
Sus alas en torno de él.

Era tan viva, tan pura  
Como el amor de una madre,  
De los pueblos la ternura,  
Que en él miraban su padre,  
Su esperanza y su ventura.

La mansion que el opresor  
Con su hálito envileciera,  
Purificó el redentor;  
Y se abatió su bandera  
Ante el pendon tricolor.

La naciente sociedad  
Fiaba su paz, su gloria,  
En el valor y lealtad  
Del hijo de la victoria,  
Del Dios de la libertad.

Y Méjico independiente,  
Al ver al héroe divino,  
Contemplaba tiernamente  
Aquella radiosa frente  
Que encerraba su destino.

Intérprete del contento  
Que nada turba ni impide,  
Era un solo sentimiento,  
Era un solo pensamiento,  
Un solo nombre, Iturbide.

Y miraban con delicia  
Los jóvenes su bravura,  
Las mujeres su apostura,  
Los guerreros su pericia,  
Los ancianos su cordura.

Y perdida la memoria  
De los pasados horrores,  
Todo era júbilo, honores,  
Era un torrente de gloria,  
Era un oceano de amores.

## FERNANDO CALDERON

Este es uno de los mejores poetas líricos de Méjico.  
Nació en Guadalajara el 20 de julio de 1809, y allí fué donde concluyó su educacion primaria y los estudios para la abogacia.

Desde la edad de quince años dió muestras de que habia nacido poeta, pues componia ya algunos versos; y en 1827, se representó en el teatro de Guadalajara su comedia titulada: *Reinaldo y Elvira*. Siguió escribiendo *Zeila ó la Esclava indiana*, *Los políticos del dia*, *Armandina*, *Ramiro*, *conde de Lucena*, *Hersilia* y *Virginia*, que se representaron de 1827 á 1836, en varios teatros de Méjico.

En 1827 compuso las obras dramáticas siguientes: *Ana Bolena*, *Herman*, *ó la Vuelta del Cruzado*, *El Torneo*, *Á ninguna de las tres*. Esta última es una imitacion de la *Marcela* de Brefon.

Todavía en la flor de la juventud y cuando prometia frutos exquisitos falleció en Ojocaliente el 18 de enero de 1845.

Se han publicado dos ediciones de sus obras.

### LA RISA DE LA BELDAD

Bella es la flor que en las auras  
Tranquilamente se mece:  
Bello el iris que aparece  
Después de la tempestad:  
Bella en noche borrascosa  
Una solitaria estrella;  
Pero mas que todo es bella  
*La risa de la beldad.*

Despreciando los peligros,  
Tal vez un jóven guerrero,  
Deja por el duro acero  
La dulce tranquilidad:  
¿Quién su corazon enciende  
Cuando á la lucha se lanza?  
¿Quién anima su esperanza?  
*La risa de la beldad.*

El conquistador altivo  
Precedido de la guerra,  
Cubre de sangre la tierra,  
De miseria y horfandad:

Y, ¿quién el curso detiene  
De su cólera siniestra?  
Y, ¿quién desarma su diestra?  
*La risa de la beldad.*

¿Quién del prisionero triste  
Endulza el feroz tormento?  
¿Por quién olvida un momento  
Su perdida libertad?  
Y, ¿quién, en fin, del poeta  
Hace resonar la lira?  
¿Quién sus acentos inspira?  
*La risa de la beldad.*

Una suerte inexorable  
Llena de luto mi vida,  
Y mi alma gime oprimida  
Por la dura adversidad.  
Pero yo olvido estas horas  
De tanta amargura llenas,  
Cuando suaviza mis penas  
*La risa de la beldad.*

### EL SOLDADO DE LA LIBERTAD

Sobre un caballo brioso  
Camina un jóven guerrero  
Cubierto de duro acero  
Lleno de hélico ardor.

Lleva la espada en el cinto,  
Lleva en la cuja la lanza,  
Brilla en su faz la esperanza,  
En sus ojos el valor.

De su diestra el guante quita  
Y el robusto cuello halaga,  
Y la crin que al viento vaga  
De su compañero fiel.

Al sentirse acariciado  
Por la mano del valiente,  
Ufano alzando la frente  
Relincha el noble corcel.

Su negro pecho y sus brazos  
De blanca espuma se llenan;  
Sus herraduras resuenan  
Sobre el duro pedernal;

Y al compás de sus pisadas,  
Y al resonar del acero,  
Alza su voz el guerrero  
Con un acento inmortal:

« Vuela, vuela, corcel mio,  
Denodado;  
No abatan tu noble brio  
Enemigos escuadrones,  
Que el fuego de los cañones  
Siempre altivo has despreciado;

Y mil veces  
Has oído  
Su estallido  
Aterrador  
Como un canto  
De victoria,  
De la gloria  
Precursor.

Entre hierros, con oprobio,  
Gocen otros de la paz;  
Yo nó, que busco en la guerra  
La muerte ó la libertad.

El artero cortesano  
La grandeza  
Compre adulando al tirano  
Y doblando la rodilla;  
Mi troton y pobre silla  
No daré por su riqueza.

Que bien pueden  
Sus salones  
Con canciones  
Resonar.  
Corcel mio,  
Yo prefiero  
Tu altanero  
Relinchar.

Entre hierros, con oprobio,  
Gocen vergonzosa paz;

Yo nó, que busco en la guerra  
La muerte ó la libertad.

Yo dejé el paterno asilo  
Delicioso;  
Dejé mi existir tranquilo  
Para ceñirme la espada,  
Y del seno de mi amada  
Supe arrancarme animoso:

Vi, al dejarla,  
Su tormento:  
¡Qué momento  
De dolor!  
Vi su llanto  
Y pena impia;  
Fuí á la mia  
Superior.

Otros gocen, entre hierros,  
Una vergonzosa paz;  
Yo nó, que busco en la guerra  
La muerte ó la libertad.

Vuela, bruto generoso,  
Que ha llegado  
El momento venturoso  
De mostrar tu ardiente brio,  
Y hollar del tirano impio  
El pendon abominado.

En su alcázar  
Relumbrante,  
Arrogante  
Pisarás,  
Y en su pecho  
Con bravura  
Tu herradura  
Estamparás.

Otros gocen, entre hierros,  
Una vergonzosa paz;  
Yo nó, que busco en la guerra  
La muerte ó la libertad.»

Así el guerrero cantaba  
Cuando resuena en su oído  
Un lejano, sordo ruido  
Como de guerra el fragor.

Á la lid, el héroe grita,  
En los estribos se afianza,  
Y empuña la dura lanza  
Lleno de insólito ardor.

En sus ojos y en su frente  
La luz brilla de la gloria,  
Un presagio de victoria,  
Un rayo de libertad.

Del monte en las quiebras hondas  
Resuena su voz terrible  
Como el huracan horrible  
Que anuncia la tempestad.

Rápido vuela el caballo  
Ya del combate impaciente,  
Mucho mas que el rayo ardiente  
En su carrera veloz.

Entre una nube de polvo  
Desaparece el guerrero,  
Aun se vé brillar su acero,  
Se oye á lo léjos su voz:

« Gloria, gloria! yo no quiero  
Una vergonzosa paz;  
Busco en medio de la guerra  
La muerte ó la libertad.»

## JOSÉ PEON CONTRERAS

Poeta mejicano. En 1871, ha publicado una interesante coleccion de sus poesías líricas. Contreras, miembro que no tiene la pretension de aspirar á un puesto en la nobilísima república de las letras por sus *Flores del Almá* que ha entregado al dominio del público. Ha querido simplemente, ofrecer un ensayo de los trabajos con que se ha preparado para emprender otro género de obras de mayor trascendencia. Propónese cultivar el romance histórico de su patria, filon precioso que hasta hoy han visto con desden los mas distinguidos vates mejicanos.

### LA FUSIA

Sedienta estaba la tierra,  
Su sed apagó la lluvia  
Y un iris brillante y puro  
Apareció en las alturas.  
De vivisimos colores  
Ostenta esmaltada curva  
Que al que la mira enamora,  
Y al que enamora deslumbra.  
Desde un jardín la sencilla,  
La inocente y bella fusia  
Quedóse atónita viendo  
Tanta hechicera hermosura;  
Sintió la flor en su cáliz  
Una sensacion confusa  
De alhagadora esperanza,  
De amor, de placer, de duda.  
Ni hace caso de las auras  
Que en torno suyo murmuran;  
Ni del céfiro apacible  
Que su blanda esencia busca;  
Ni del ruiseñor que canta  
Alegre entre la espesura;  
Ni de la gentil y leve  
Mariposa que circula  
En su derredor, y gira,  
Y la enamora y saluda.  
Solo el iris enagena  
Y el pensamiento conturba  
De la inocente y sencilla,  
De la enamorada fusia.  
De pronto aquellos colores  
Que la embriagan y la ofuscan,  
Lentamente se deshacen,  
Perdiéndose en las alturas.  
Tiembla la flor, y agitada  
Sobre el débil tallo ondula,

Mientras que pálido el iris  
Leves contornos dibuja.  
Y en tanto desaparecia  
Para siempre su hermosura,  
Iba la flor doblegando  
La frente abatida y mústia.  
Clavó la vista en la tierra  
Llena de acerba amargura  
Y estas palabras decia,  
Vertiendo lágrimas muchas :  
« Triste es buscar en el cielo  
Deleites que tanto gustan :  
Malogradas esperanzas,  
Ilusiones que no duran!  
Doblada la frente al suelo  
Hasta que muera de angustia,  
Yo viviré resignada  
Llorando mi desventura. »

¡ Ay! desde entonces la frente  
Jamás levanta la fusia,  
Y el matutino rocío  
No ha de coronarla nunca;  
Ni hará caso de las auras  
Que en torno suyo murmuran;  
Ni del céfiro apacible  
Que su blanda esencia busca;  
Ni del ruiseñor que canta  
Alegre entre la espesura;  
Ni de la gentil y leve  
Mariposa que circula  
En su derredor, y gira,  
Y la enamora y saluda.  
Solo el recuerdo del iris  
El pensamiento atribula  
De la inocente y sencilla,  
De la encantadora fusia.

## SUFRIMIENTO

## I

Sentada junto á una fuente,  
Envuelta en un negro manto,  
Una mujer tristemente  
Llora, y caen lentamente  
Los raudales de su llanto  
Sobre la mansa corriente.

— ¿ Por qué tan triste, señora?  
¿ Qué hondo pesar os aqueja,  
Mientras cantando se aleja  
La brisa murmuradora?  
¿ Por qué dais vuestros dolores  
Al viento en ayes sentidos,  
Mientras se alegran perdidos  
Los céfiros entre flores?  
Tanta gala, tanto adorno,  
Tantas blancas mariposas  
Calmen, al girar dichosas  
De esa pura fuente en torno,  
Vuestra congoja mortal.

— ¿ Teneis hijos?

— Tengo dos.

— ¿ Que el cielo os los guarde, y Dios  
Los libre de todo mal.

## II

— ¡ Ay! dos tambien eran ellos...

Inocentes, candorosos,  
Como las flores, hermosos;  
Como los ángeles, bellos.

Ayer, ¡ con cuánto placer  
Aquí los miré jugando!  
Y hoy me imagino llorando,  
Que todavía es ayer.

— Prestad el ánimo fuerte  
Á ese dolor sin medida,

— Era su vida mi vida,  
Hoy es su muerte mi muerte.

Soñaba yo sin temor  
Que era eterna mi alegría...

Fué primavera de un día  
La del Eden de mi amor!

— Los ojos tras de otro Eden  
Tened en el cielo fijos.

— Recordad que teneis hijos  
Y pueden morir tambien.

— Fué vuestro sino fatal.

— ¡ Libreos de él el cielo á vos!

— ¡ Que Dios me los guarde, y Dios  
Los libre de todo mal!

## TERNURA

— ¿ Qué son las perlas brillantes  
Que estoy en torno mirando?  
Quién estuvo aquí llorando  
En el vergel del amor?  
Dímelo, Aurora hechicera,  
Si como yo te acongojas,  
Mirando en tan lindas hojas  
Tantas huellas de dolor.

— Mariposa lisonjera,  
Esas lágrimas son mias.

— ¿ Siendo fuente de alegrías?

— Nunca es eterno el placer.

— ¿ Y tú las lloras acaso

Porque tu esperanza ha muerto?

— Las vierto, ¡ ay triste! las vierto  
Por tus víctimas de ayer!

## AL RIO DE TILAPA

## I

Si sois las mismas que embriagásteis mi alma  
En horas de ventura y de delicias,  
Auras de sus montañas y sus valles,  
Palomas de su selva y sus colinas;

Plácidas tardes del abril florido

Que en la bruma dormís de sus orillas,  
Aves del campo, mariposas bellas,  
Puras y errantes y sonoras brisas,

Al agitar con vuestras leves alas

Sus ondas apacibles y dormidas,

Llevalde mis recuerdos, mis suspiros

Mis plegarias de amor, si sois las mismas.

## II

Rio azul, rio azul, sereno rio,  
Que blandamente tu corriente rizas,  
Ay! con cuánto placer de nuevo viera  
La ténue espuma de tus claras linfas.

Dichoso fuera yo si de tus aguas  
Cortando el curso como en otros días,  
Caminara feliz sobre tu lecho  
De algas y herros y de arena limpia.

Mirando en torno el cerco de montañas  
Á cuyos piés suavísimo caminas,  
Y al sol, al sol cuyo postrero rayo,  
Las nubes dora en la elevada cima.

Después, hermosa á la naciente luna,  
Coronando la bóveda infinita;  
Y al dulce amparo de su luz de plata  
La estrella del pastor, ¡ Venus divina!

## III

Quisiera que cual tú, tranquilamente  
Cruzara yo la senda de mi vida,  
Llena de luz, de aromas y de flores,  
Y llena de dulzuras y caricias.

Quisiera no encontrar en mi sendero  
Ni una aspereza sola, ni una espina,  
Que el huracan del mundo y sus tormentas  
Como á tí, me pasaran por encima;

Que fuera siempre mi conciencia, siempre,  
Clara como tus aguas cristalinas,  
Suave mi voz como tus leves ondas,  
Y mis miradas, como tú, tranquilas.

Rio azul, rio azul, ¡ bendito seas!  
Como eres hoy en la memoria mia.  
Bendiga Dios mi amor y mis suspiros,  
Y tus suspiros y tu amor bendiga!

## LA CAMELIA

Hoy que te miro á mi lado  
Tan feliz y tan risueña,  
Voy á referirte, Mina,  
La historia de una camelia.

Doce Mayos han cantado  
Tu juventud hechicera,  
Y nunca viste á las flores  
Marchitas sobre la tierra.

Siempre del tallo flexible  
Las arrancaste contenta,  
Sin reparar que en el suelo  
Hollabas las flores muertas....

Mas eso no me sorprende,  
Y eso tan solo me prueba,  
Que tus ojos no han llorado  
Y que aun guardas tu inocencia.

## I

Allá en el jardin de Celia,  
(La amiga de tu niñez,)  
Ostentaba su esbeltez  
Una pomposa camelia.

Era la flor un tesoro,  
Guardando sus hojas bellas  
Aprisionadas entre ellas  
Semillas menudas de oro.

Celia con amante exceso  
La quiso, y cada mañana,

Iba á regalarle ufana  
Un pensamiento y un beso.

Sobre del césped tendida,  
Halagando sus antojos,  
Clavando en ella los ojos,  
Con el alma embebecida

En un extásis de amor;  
Tras emociones sinceras,  
Pasaban horas enteras  
Juntas, la niña y la flor,

## II

Y un dia la dijo Alfredo,  
(El primo hermano de Celia,)  
— Prima, ¿ me das tu camelia?  
Y ella contestóle, nó

Él entonces suplicante  
Ante sus plantas se arroja:  
— Dáme siquiera una hoja.  
Ay! y Celia se la dió.

Á la mañana siguiente  
Alfredo otra vez la mira,  
Contempla á la flor, suspira,  
Y una esperanza entrevió:

— ¿ No me das la flor entera?  
— No, Alfredo, vé que me enojas.  
— Dáme siquiera dos hojas.  
¡ Ay! y Celia se las dió.

De nuevo al brillar el alba  
Volvió junto á Celia Alfredo :  
— « ¿Me das la flor ?

— ¡Ay! no puedo.  
Mas el galán sollozó.

— ¿Me amas mucho, Celia mia ?  
— Tú solo á mí me acojijas.  
— Dáme siquiera tres hojas.  
¡Ay! y Celia se las dió.

## III

Luego cuatro, y otras mas,  
Y la flor de lindas hojas  
Perdió aquellas tintas rojas  
Que ya no vuelven jamás!

Sin hojas se queda al fin,  
Y Celia muerta de miedo,  
Fuese á esperar á su Alfredo...  
Y Alfredo no fué al jardín.

¡Ay! desdichada de Celia!

No tiene esperanza alguna,  
¡Pues fué dando una por una  
Las hojas de su camelia!

No tiene amante ni flor,  
Y allá en las hojas marchitas,  
Vió las páginas escritas  
De su desgraciado amor!

Hoy que te miré á mi lado  
Tan feliz y tan risueña,  
Quise referirte, Mina,  
La historia de una camelia.

Tú llevas dentro del pecho  
Una flor lo mismo que esa ;  
De tu corazón las hojas  
No malogres como Celia.

Adios, y siempre que mires  
Flores mústias por la tierra,  
Quiera Dios que nunca llores  
Y que guardes tu inocencia.

## JOSÉ BERNARDO COUTO

« Pertenece á las notabilidades mejicanas, por sus cualidades é influjo... Es hombre de comprension vasta y fácil, de estilo fluido y ameno, de instruccion vastisima para su edad, y de una aplicacion incansable al estudio : su carácter es frio, calmado y tímido hasta el exceso en tomar partido por las reformas sociales : este temor no es en él cobardia por los riesgos que pueda correr personalmente, sino por los males públicos que se figura podian ser el resultado de su voto; por eso está casi siempre por la negativa, y sus propensiones son ordinariamente mas bien á conservar que á cambiar. La moralidad de Couto como hombre privado, como funcionario público y como ciudadano es cabal y perfecta en todas líneas : para él no hay distincion entre los deberes públicos y privados que somete á la conciencia, único medio de apreciarlos. Los principios políticos de Couto son de progreso : pero, en razon de su carácter, se prestará mas fácilmente á sostener las reformas hechas, que á promover las que están por hacer : el *si*, en él, siempre es difícil y muchas veces vacilante ; el *no*, es constantemente firme y pronunciado con resolucion. »

Tal es la opinion que, sobre Couto, encontramos en los escritos de Mora al exponer la conducta de los diputados del congreso mejicano cuando éste se declaró *Legislatura Constituyente*. Nos es sensible no poseer todas las poesias de Couto, pues el elogio anterior deja presumir que las que publicamos actualmente son una muestra incompleta del mérito poético de su autor.

### Á FILIS EN EL INVIERNO

La excelsa cumbre del sagrado Ajusco  
Ya otra vez ciñe su invernal corona  
Desde mi pecho con afecto casto  
Férvido te ama.

La bella ninfa que los prados viste  
De floreal pompa en la estacion primera,  
La bella ninfa de quien dulces besos  
Céfiro liba.

Y de Verano el rutilante sirio  
Que rayos lanza á la tostada tierra,  
Y el padre Otoño cuyas sienes orna  
Báquica yedra ;

Vieron la llama perennal que abrasa,  
Cándida Filis, á tu amante tierno :  
Viéronla y fueron; y la llama aun vive  
Dentro del pecho.

Con lento paso el aterido invierno  
De nuestros campos volará á otro clima,  
Vivo dejando de mi amor el fuego,  
Plácida amiga.

Y primavera tornará á mirarme  
De tus encantos ocupada el alma,  
Mi blanda lira repitiendo siempre  
Tiernos amores.

¡Dulce embeleso de la vida mia!  
Propicia atiende mi ferviente voto :  
Oye á tu amante que á los cielos lleva  
Humildes ruegos.

Eterno lazo por amor formado  
Mi suerte ligue con la amable Filis,  
De rosa teja la feliz cadena  
Blando himeneo.

### AL RETRATAR Á FILIS

Ven, génio tutelar de la pintura,  
Del padre Apolo númen soberano !  
Á mis votos acorre, guia la mano  
Que vá á copiar de Filis la figura.

De su apacible celestial belleza  
Al pintor tú le muestra los primores,  
Y que en torno revuelen los amores,  
Y que trisquen las gracias con viveza.